

A las puertas de un Centenario

En el próximo mes de mayo se cumplirán los cien años del nacimiento, en Las Palmas, del gran creador de la novela española moderna, don Benito Pérez Galdós.

Es esta una fecha clave dentro del marco de nuestras letras, y aún de la literatura universal, como pueda serlo la del nacimiento de un Dickens, de un Balzac, de un Tolstoi, puesto que a la misma altura y con el mismo rango es preciso en justicia colocar a nuestro escritor. Es una fecha además que nosotros debemos tener en cuenta siempre, en esta noble tarea que la España renacida emprende en pro de la conservación digna y del conveniente lustre del nombre de los hijos más gloriosos. Y ellos por varias razones que nos llevaría lejos. Basta solo adivinar algunas.

Es inútil, en esta elemental y purificadora faena, que tratemos de mirar el ilustre nombre de Pérez Galdós—lo mismo pudiéramos hacerlo con otros—a través del cristal de los prejuicios estériles, o que le tengamos en cuenta algunos aspectos con los cuales los días actuales y la Nación, exenta ya de ellos venturosamente, no podrían en modo alguno transigir. Los errores y los distinguos es preciso y justo destacarlos—destacarlos para hacerlos ineficaces, si ya los años no lo hubieran conseguido—cuando mantengan en el mismo cierta potencial eficacia; pero solo se trata ya de aspectos que pudiéramos llamar arqueológicos, periclitados, inoperantes definitivamente en la vida española, en virtud de una purificación dramática y enardecida de patriotismo y sacrificio, es inútil soslayarlos, además de injusto.

Nos separan ciertamente de Pérez Galdós, no solo años y modos, sino profundas simas en el aspecto de las ideologías. El medio siglo que nos distancia de la elaboración de su obra cumbre—me refiero, claro es, al conjunto de sus novelas y dramas de mayor relieve dentro del censo de su bibliografía—no es solo un período cronológico de cincuenta años, sino una distancia inconmensurable en el terreno de las ideas, de los afanes y de las preocupaciones íntimas. Pero hay figuras, ciertamente, — Galdós una de las más señeras—cuyos nombres son capaces por sí mismos de llenar todos los fosos. No nos sería, pues, lícito, prescindir de su acusada silueta en cualquier intento, enumerativo o sintético, de la cultura hispánica, si deseamos de verdad conservar íntegra la línea de una continuidad de pensamiento español, que no puede ser uno ni único, ni de esta o de aquella época, sino por el contrario, hijo integral de una evolución ideológica completa y permanente, sin pausas ni ni saltos ni soluciones de continuidad, que se va adaptando de unos a otros tiempos, como las aguas a los álveos por donde discurren. No son, en verdad, las aguas de hoy las mismas ni de la misma pureza y diafanidad que las aguas que discurrieron antaño. Pero lo esencial, lo permanente, es decir, el cauce—el río—pervivirá siempre, aún teniendo en cuenta la labor diaria de desgaste o de acción, con sus escarpes, sus meandros, sus cascadas.

Don Benito Pérez Galdós, nacido el 10 de mayo de 1843 es, naturalmente, un hombre del siglo XIX. Una eminentísima cumbre de nuestras letras que delimita por el lado de acá—es decir, nuestras cercanías—lo que Cervantes delimita por el lado de allá, es decir, en el siglo XVI. Entre ambos, siendo ellos cumbres, hay una llanura inmensa en nuestra novela, que solo de vez en cuando se rompe por

la emergencia de colinas fáciles, sin altivez señera. Es un escritor—novelista, dramaturgo—cuya vida creadora transcurre casi completamente en el ochocientos, en ese siglo tan denostado, las más de las veces con justo rigor. Hay en el hombre y consecuentemente en su amplísima obra, gran parte de las tareas de su tiempo, propias de una época y de unos hombres a quienes la anécdota del diario incidente o el espectáculo de una patria en trance de disgregación, impiden ojear el panorama de su propio curso y las quiebras de su sistema ideológico, que no aciertan a depurar o desterrar. Pero como aconsejaba Montesquieu, una de las primeras y más elementales faenas que incumben al historiador, no con nosotros ni en nuestro mundo de manera dejarían de ser ellos sino en el suyo propio, con sus afanes y sus prejuicios, con sus torpezas o sus genialidades, liberándolos del clima que nos circundan a nosotros, en el que sin duda alguna ellos se ahogaban. Por otra parte, los problemas que a ellos atormentaban, son incapaces de atormentarnos ya a nosotros por haberlos superado venturosamente a costa de nuestro sacrificio. Y sin embargo, esos problemas son los que forman su mundo y es en él donde hay que dejarlos vivir.

Por ello, no debe obstar, decimos, el que por sobre el puro accidente inmediato de su propia vida, con equivocaciones o aciertos, nosotros debemos rendir tributo a su memoria y ver lo que en justicia hay de permanente, básico y racial en la obra de Galdós, una de las españolísticas, sinceras y ciclópeas de nuestras letras, consiguiendo con la más escasa cantidad de elementos literarios, pero eso sí, con el más grande cuidado ideológico creador después de Cervantes, pues la pirámide ingente de la obra galdosiana, no fué tallada con la mirosa delectación del buril fino y preciosista del estilo, sino a golpes broncos de genio, a recios martillazos en la cantera inextinta de la humanidad española.

En este sentido, en el que se nos muestra Galdós embebido en un españolismo insobornable, que va a buscar la carne de sus hijos en el corazón de la España eterna, con miserias y glorias, que es decir en la entraña de la tradición más pura, la fecha de su nacimiento no debe pasar inadvertida, permitiéndome yo, anticipadamente hacerlo, para que a su debido tiempo la efemérides sea objeto de atención. — FRANCISCO TOLSADA

COROLARIO

El distintivo más preclaro de nuestro pueblo es su acendrado amor al culto de Aquel que en su magnífico holocausto de sangre y de dolor vino al mundo para redimirnos. Una de las facetas más típicas y demás raíz de esta manifestación mística por antonomasia es la observada a través de los tiempos en la Semana Santa.

Las inquietudes espirituales que caracterizan todos los anhelos de los hombres y de la grandeza relativa o absoluta que estos pueden satisfacer en su período terrenal, está vinculada por lazos indisolubles a su fe, objetivo fundamental de toda manifestación individual en los hechos y en las costumbres de los españoles.

Pruebas evidentes son ellas el celo que forma el ambiente altamente religioso de esta semana de dolor y de tristeza. Como paradoja a todo el contenido sensible que brinda el mes precursor de las flores, encontramos la celebración de los votos perennes de toda la gama de sujeciones en tributo al más hondo de los respetos humanos hacia Aquel a quien todo lo debemos.

El símbolo de nuestra fe es originario en nosotros y no es el producto hereditario de anteriores movimientos espirituales de más o

menos tonalidad; en el que se ve el imperativo inapelable que como mandato sobreterrenal vive en nuestros corazones y alienta en nuestras almas como la retribución más equívoca en merecimiento de una vida mejor catalogada en esta vida por nuestros actos y nuestras consideraciones para con nuestros semejantes, como norma asequible para comparecer a los ojos del Divino como hijos verdaderos.

Incrementar los razonamientos que pudieran, por vicisitudes morales, escisionar el valor de nuestra fe, sería tanto como establecer un parangón de opiniones y de consultas, y por ende, admitir una clasificación en las relaciones humanas cuyo único fin sería una autonomía religiosa incompatible con las más genuinas demostraciones de nuestro misticismo.

Nuestra Semana Santa ha disfrutado de todo el calor y de toda la adhesión moral y religiosa de nuestro pueblo. Contrastando con el colorido perfumado de los rosales, los rostros de jóvenes y de viejos tomaban esta actitud profunda de los que saben pensar y de los que comparten, en homenaje al Pastor de los pastores, el más profundo del dolor de los dolores. — M. DALMAU

La Exposición del Libro del Mar

Las fiestas colombinas del CDL aniversario de la llegada del ilustre almirante a Barcelona, que se han celebrado con inusitado esplendor, han constituido uno de sus actos, la inauguración de la exposición del Libro del Mar en las Reales Atarazanas, donde está instalado el Museo Marítimo.

Es una gesta de gloria para la marina, que con tal motivo se haya dado esta lección de nuestra Historia Nacional recordando sus hechos que evocan las grandezas Patrias, es preciso recordar que España no es una nación continental en la que puede vivirse de espaldas al mar, sino que se ha de infiltrar en las mentes españolas que está circunvalada por 2125 kilómetros de costas, y que tres mares diferentes las bañan, y con una situación estratégica que las dividen en tres sectores, la angostura de Gibraltar y la nación Portuguesa, las separaciones son evidentes, y es preciso meditar estas realidades para hacerse cara al mar y rectificar los errores del siglo pasado. En la gama de variedades que se exhiben en el Libro Nacional del Mar, pueden apreciarse todas estas pasadas grandezas que reviven en el alma del visitante, desde la inconmensurable lista de los que como grandes hombres de mar en su más amplio sentido, de guerreros o grandes navegantes, los unos aportando nuevos continentes, los otros con sus victorias y heroicidades de sus batallas, todos han contribuido a la creación de este grande Imperio que no se ponía el sol en sus dominios. Gloria para Colón, el iniciador y descubridor de este continente que aportó a España. Gloria para la Reina Isabel que con su clarividencia y feliz inspiración patrocinó esta magna empresa que ha culminado en uno de los más grandes acontecimientos de la humanidad. Y al citar nombres de estas estrellas de primera magnitud que han expandido radiante el nombre Patrio, no olvidemos ni dejemos de mencionar el de tantos otros que han complementado y ampliado la obra iniciada, los hermanos Pizón, Juan de la Cosa, Juan Sebastián Elcano, Magallanes, Alonso de Ojeda, Solís, Ponce de León, Vázquez de Cuellar, Vasco Núñez de Balboa, etc., los que constituyen la constelación de intrépidos navegantes, descubridores, valerosos conquistadores, fundadores de ciudades y de reinos. Españoles son los nombres de los fundadores de las ciudades de Buenos Aires, La Habana, Valparaíso, y miles más que se yerguen de la época colonial. El final del siglo XV y

comienzos del XVI inician el siglo de oro de nuestra grandeza. No dejemos de incluir en tales nombres el P. Boil primer Administrador Apostólico de las Indias que acredita la santa hermandad que siempre han ido en España la cruz y la espada.

Todas estas evocaciones se contemplan en la Exposición Nacional del Libro del Mar y se presentan como blasones de nuestra historia, prolijo sería enumerar más nombres de los continuadores de los que han continuado aportando florones al acrecentamiento Patrio, como el de los antecesores de los siglos anteriores, aunque no podemos omitir el del gran Rey Jaime I que en el siglo XIII conquistó Mallorca, tiene sitio de honor en la Exposición en justo homenaje que se le debe rendir.

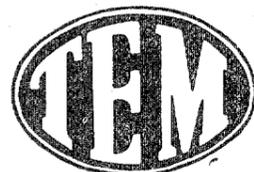
Conjuntamente con estas glorias nacionales se muestran todos los libros y documentos que hacen referencia al mar, es bien cierta la frase de que en los libros de España, Europa ha aprendido a navegar, pues son innumerables los que han aparecido y figuran en la Exposición, particularmente hasta el fin de siglo último, y especialmente hemos de dar el honor de la máxima preminencia al libro que ha aportado el Ayuntamiento de Valencia, la famosa compilación de derecho mercantil marítimo conocida con el nombre de «Libro del Consolat del Mar» la que fué elaborada en Barcelona, pues es cosa admitida que tales costumbres de derecho marítimo no fueron obra de un solo autor; pues así unánimemente lo reconocen los grandes tratadistas como Capmany, Pardesous, Desjardins, Goldschmidt, Salbioli y muchos otros de igual renombre.

Es un legítimo orgullo para Barcelona esta recopilación que demuestra la vasta actividad jurídica de aquella época de la edad media y que Barcelona ha sido en todos los tiempos el emporio del comercio mediterráneo y que sus costumbres marítimas cristalizaron en un Código de Derecho que tuvo aplicación en tan vasto mar y fué traducido en todos los idiomas de los países limítrofes del mar latino y que han marcado la pauta en todas las ordenanzas del derecho del mar, desde aquel entonces hasta los que les han seguido a nuestros días, testimonio de ello son los Rodes de Olerón, las ordenanzas de Whipvy, y las Reglas de York y Amberes.

La parte destinada a las construcciones ochocentistas y la pesca son igualmente dignas de toda admiración y acreditan el esfuerzo de antaño y el afecto a las cosas del mar. Es un certamen completo de marina en el que hay mucho que admirar y meditar y que como rescoldo del fuego mariner español no debemos consentir que se ahogue, y, ya que es norma de la nueva España debemos cooperar con la medida de nuestras fuerzas alentando estos sagrados impulsos que conducirán a la grandeza de España.

ALBERTO COMPTÉ

INTERRUPTORES - CONMUTADORES



JOSE BOTEY

(Sucesor de Silverio Botey)

GRANOLLERS